

contempla a su Rey, sentado sobre ella. En la mano del Rey está la ley de Dios, que es como una espada afilada de dos filos, y los impíos caen ante el resplandor de su rostro. Aquellos que son uno con Cristo, serán atraídos hacia el Señor de la vida, y se mezclarán con las huestes alrededor del trono.

La historia de la redención está completa. Los redimidos de toda tribu, lengua y pueblo, ascienden con Cristo a la ciudad santa. Las familias separadas se reúnen, las tristezas de la tierra son olvidadas en los gozos de la eternidad. Adán, el primer hijo de Dios, se encuentra con el segundo Adán, Cristo, quien ve el fruto de la aflicción de su alma, presenta la ofrenda al Padre y queda satisfecho. La historia ha sido larga y triste, —un terrible conflicto con el error, pero la creación retoma el canto de amor, y el triunfo de la verdad y los principios eternos de Jehová son reconocidos para siempre.

## **16. Preparación para las Plagas**

El CIELO puede parecer un mundo lejano, pero la inspiración ha dado descripciones vívidas de la morada de Jehová. El lenguaje humano solo transmite débilmente el esplendor de la pureza espiritual, y la mente mortal, debido a su estrechez, no logra captar ni siquiera los atisbos que se dan; sin embargo, se puede obtener alguna idea de la capital del universo, donde mora el Rey de reyes. Fuera de la ciudad de la Nueva Jerusalén, el lugar que Cristo prometió preparar para Su pueblo, y que es llamada la esposa, la mujer del Cordero, está el Monte Sion, sobre el cual se alza el templo viviente, la gran sala de consejo del Altísimo.

Entre la ascensión de Cristo y 1844, el Salvador ministró Su propia sangre derramada en el primer compartimiento del santuario celestial. Él, el Cordero inmolido en el atrio de la congregación como ofrenda por el pecado, presentó Su propia sangre ante el Padre en el lugar santo del santuario. En 1844, cuando el período profético de dos mil trescientos días de (Daniel 8:14) concluyó, el poderoso ángel del décimo capítulo de Apocalipsis, dio a conocer el hecho a la congregación expectante en la tierra, que es el atrio exterior del santuario

celestial. En ese momento, Cristo entró en el compartimiento santísimo, donde comenzó el juicio investigador ante el trono de Dios. La obra del juicio continúa hasta que el ángel sellador regresa de la tierra con las palabras de que su obra ha sido cumplida. Entonces Cristo se levanta del trono del juicio, y con una voz fuerte proclama: «Consumado es.» (Juan 19:30) Todo hombre ha oído el evangelio eterno, y lo ha aceptado o rechazado. Si ha respondido a las súplicas de Jehová, el sello del Dios viviente reposa en su frente. Él es contado con los ciento cuarenta y cuatro mil. Si, por otro lado, ha despreciado las súplicas del Espíritu, ha recibido la marca de la bestia, y su destino está igualmente sellado.

Cristo arroja a la tierra el incensario que sostiene en Su mano. Se despoja de las vestiduras de Su sacerdocio y sale del templo. El tiempo de gracia ha terminado. La obra de Cristo está consumada; y mientras Él, con aquellos que le han ministrado por el hombre caído, sale del templo, la gloria de Dios irrumpe en toda su grandeza, hasta que Su resplandor llena el templo. «El templo se llenó de humo por la gloria de Dios y por Su poder; y nadie pudo entrar en el templo, hasta que se cumplieron las siete plagas de los siete ángeles.» (Apocalipsis 15:8) Cuando el Hijo de Dios fue ofrecido por los pecados del mundo, cuando se hizo hombre, y después ministró en el cielo como hombre, Dios, el Padre, había velado Su gloria excesivamente grande hasta que la obra de redención estuvo completa. Pero cuando el Salvador lanza el grito triunfal, «Consumado es», (Juan 19:30) la gloria contenida irrumpe en el esplendor que se vio antes de la caída. El lenguaje humano es tan débil que las palabras no logran expresar el pensamiento; pero durante seis mil años, incluso el Dios del universo, ha lamentado por el mundo perdido; y cuando por fin los redimidos son reunidos, aunque todavía están en la tierra, la gloria reprimida de Jehová destella, — un fuego viviente y consumidor. Esto fue tipificado en el templo de Jerusalén, cuando a las palabras, «Consumado es», (Juan 19:30) pronunciadas por el Salvador en la cruz, el velo se rasgó de arriba abajo. Con el anuncio de estas palabras por segunda vez, el hombre Jesucristo, con las cuatro criaturas vivientes y los veinticuatro ancianos, que durante siglos han representado a los redimidos, abandonan el templo por

completo, y no entran más, hasta que Cristo regresa de la tierra, trayendo consigo la hueste de los redimidos. Entonces, con los ciento cuarenta y cuatro mil, glorificados y reflejando el carácter de Cristo, Él entra en el templo, y esta compañía ministra allí.

En estos eventos finales se le dan dos visiones distintas a Juan. Antes de que el Salvador abandone el templo, se ven siete ángeles de pie ante el altar. A ellos se les dan siete copas que contienen la ira pura de Dios. Los elementos de la tierra están bajo el control de poderosos ángeles, y aunque Satanás, «el príncipe de la potestad del aire», (Efesios 2:2) ha tenido un control parcial de estas poderosas fuerzas, el poder de Dios las ha mantenido a raya; de lo contrario, la destrucción habría llegado, y el hombre habría sido destruido. Cuando Cristo se levanta para salir del templo, estos siete ángeles que comandan están esperando la orden de Jehová.

Mientras esperan, pues el cielo parece haberse detenido, Juan ve a la misma compañía, preciosa a los ojos del Señor, de pie, como estarán sobre el mar de vidrio, cuando las siete últimas plagas hayan sido derramadas. Para que no parezca que estos se perdieron en el terror de las plagas, con una mirada abarcadora, el profeta ve más allá del tiempo de angustia, cuando esta misma compañía estará de pie en el Monte Sion con el Cordero. ¡Es maravilloso cuán a menudo se menciona a esta compañía, y con qué cuidado se la describe, antes de que se retraten los terrores! Sus miembros salen de gran tribulación; permanecen en el tiempo de angustia sin un intercesor; porque Cristo está fuera del templo, y solo Dios permanece dentro.

Para ellos, el tiempo de las plagas, a través del cual pasan ilesos, es como cuando Israel se encontraba entre la montaña y el Mar Rojo, con un ejército egipcio presionándolos de cerca. No había una vía de escape visible, y encomendándose al brazo de Jehová, esperaron Su liberación. Su liberación fue una maravilla a los ojos de las naciones circundantes, y todos los hombres temieron al Dios de Israel. El cántico en el que Moisés guió a las huestes de los liberados se repetirá cuando los ciento cuarenta y cuatro mil estén de pie en el

Monte Sion. «Cantaré a Jehová, porque se ha magnificado gloriosamente. ... Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación; este es mi Dios, y lo alabaré; Dios de mi padre, y lo enalteceré. ... Tu diestra, oh Jehová, ha quebrantado al enemigo. Y en la grandeza de tu excelencia derribaste a los que se levantaron contra ti; enviaste tu ira, y los consumió como a hojarasca.» (Éxodo 15:1, 2, 6, 7) El cántico de Moisés es el cántico de liberación de la destrucción inminente; el cántico del Cordero es uno de triunfo sobre el pecado y el sepulcro.

Esta compañía está de pie sobre un mar de vidrio que, para el profeta en Patmos, parecía las aguas serenas del Mediterráneo, reflejando las glorias de un atardecer. Era un mar de vidrio mezclado con fuego. El Salvador mismo coloca coronas sobre sus cabezas y arpas en sus manos. La tierra ha oído música; pero nunca este mundo ha oído una música que pueda compararse con las melodías celestiales. El cielo ha resonado con cánticos; pero desde la caída, el tono se había bajado. Cuando los redimidos se reúnen alrededor del trono, el líder del coro angélico toca una nota más alta que antes; y las arpas son tocadas por dedos guiados por almas llenas de amor y gratitud. «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso», (Apocalipsis 15:3) resuena mientras las obras de Dios son vistas por ojos una vez nublados por el pecado. «Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos», (Apocalipsis 15:3) resuena y vuelve a resonar mientras el plan de salvación se revela a mentes recién tocadas por la inmortalidad. «¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre?» (Apocalipsis 15:4) Y la respuesta llega: «Todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti; porque tus juicios han sido manifestados.» (Apocalipsis 15:4)

A lo largo de toda la controversia, Satanás ha intentado justificarse y probar que el cielo era responsable de la rebelión; pero antes de su destrucción, será convencido de la bondad eterna del Padre; y postrándose ante el trono, confesará la justicia de la sentencia pronunciada contra él. La sabiduría de Dios, Su justicia y Su bondad, quedan vindicadas ante el universo. Todo el universo, tanto los perdidos como los redimidos, pronunciará finalmente su propia sentencia con las